



Con la primera luz



Luminoso humanismo

ANTONIO COLINAS

TERMINÓ en apoteosis la representación que Ana Zamora nos ofreció de las *Farsas y Églogas* del salmantino Lucas Fernández. El resultado fue así no sólo por la calurosa respuesta del público (en un día en que, a la misma hora, actuaban en Salamanca Els Joglars y había un gran concierto en el CAEM), sino por la obra en sí y, sobre todo, por el remate de la misma. En ese momento culminante de la alegoría del Nacimiento –culminación de lo sagrado y lo profano–, la directora teatral puso su pasión e ingenio en fundir sobre el escenario todos los recursos literarios, musicales, escenográficos, plásticos, artísticos, que se le pueden extraer en grado máximo a una obra tan compleja. La representación en el Teatro Juan del Encina fue también el epílogo de unos coloquios celebrados en la Facultad de Filología, con la participación de notables especialistas en el tema, como los profesores de la universidad Emilio de Miguel, María Jesús Framiñán, Miguel García Bermejo o Javier San José. Salmantina, y también muy especial, fue la participación de Helena Pimenta, directora de la Compañía Nacional de Teatro Clásico.

Y a Salamanca llegó para tal festín teatral un gran especialista en teatro y en poesía contemporánea, Javier



Huerta Calvo, de la Universidad Complutense. Huerta vino trayéndonos la antología y edición crítica que ha preparado de la poesía de mi paisano Leopoldo Panero *En lo oscuro* (Cátedra, 2011). Él ya había trabajado en la edición de las *Obras completas* del poeta astorgano, el cual va saliendo –gracias a ediciones abarcadoras como éstas y al propio mérito de su poesía– del “purgatorio” en el que le han tenido sumido desde su muerte la deformación grotesca y la ignorancia. Ya en alguna ocasión hemos aludido a los malos resultados que produce el cruce de la literatura con las ideologías. De ello es un buen ejemplo entre nosotros Panero. Y no sólo por su propia peripecia vital, o por la escritura del libro-poema *Canto personal*, en respuesta al *Canto general* de Neruda, sino porque Panero fue, durante el franquismo, funcionario del Instituto de Cultura Hispánica y Agregado Cultural de la embajada de España en Londres.

Este mezcladillo fue suficiente para que, con no poca exageración e injusticia, haya sido considerado como “poeta del Régimen”. Ya decimos que ahora, afortunadamente, las aguas vuelven a su cauce y la lectura de *Versos del Guadarrama*, *La estancia vacía*, *Escrito a cada instante*, ediciones objetivas como la de Javier Huerta, devuelvan a Leopoldo Panero la justicia debida. Y llega también este reconocimiento con la restauración de la casa natal del poeta en Astorga.

No olvidemos que a su figura y a su obra le dedicó una temprana, completa y fundamentada atención una salmantina, Mercedes Marcos, en su libro *El lenguaje poético de Leopoldo Panero* (Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1987). Como estudiosa de la literatura, pero imagino que también como poeta, encontré a Mercedes en la representación teatral. En fin, que la pasada semana se dio una conjunción literaria muy especial. Se exhibían y se rescataban, sin más, obras valiosas. En ellas, apenas quedaban ya huellas de esa Historia que enturbia las miradas y envenena las palabras. El amor pastoril de Lucas Fernández y el tierno amor familiar (como lumbre) de Panero, regresaban con la fuerza que sólo poseen los símbolos auténticos.